

El papel puede con todo (Sobre aquello de “publica o perece”)

TERESA E. CADAVID G.
Profesora de Cátedra,
Facultad de Comunicaciones, Colombia

Ahora el mundo semeja un globo hinchado a punto de reventar —y la palabra “globalización” produce ese efecto—, climática, económica y culturalmente hablando... Pero si, tratando de encontrar voces cuerdas, nos marginamos de ese *boom* planetario que, como en los estados febriles de la infancia, parece envolvernos en una cierta abundancia asfixiante, el fenómeno parece arrojar sus manifestaciones. Por ejemplo, como expresión de esta era de la información y la comunicación, hay una inflación de la información que, ya desde hace décadas, en el mundo académico-editorial se traduce en lemas o motes con carácter de preceptos académicos, como “publica o perece” (“publish or perish”), o de invitación publicitaria, como “escribir para publicar”.

El lema-precepto “publica o perece”, llevado por su versión originaria ampliamente conocida “publish or perish”, es de cuño anglosajón; pero algunos, como Eugene Garfield —fundador del Instituto para la Información Científica (en Estados Unidos), especializado en la citación bibliográfica de textos científicos—, discuten su origen preciso.¹ De hecho, la frase parece señalar hasta al mismo Marshall McLuhan, quien, en el contexto de una carta a Ezra Pound del 22 junio de 1951, habla del vínculo, que en carta anterior le señaló Pound, entre los administradores y las “beaneries” (restaurantes baratos, cafeterías); para señalar que éstas, es decir las universidades, según nota de pie de página donde se agrega que “beanery” es el epíteto de Pound para universidad, a la espera del pago, se postran de rodillas ante la administración, sujetas a su aprobación, con el lema “publish or perish” (publica o perece) como “beanery motto” (lema de cafetería).² En fin, dejando a un lado el probable carácter satírico de la cita, ese lema se empezó a utilizar como llamado administrativo para presionar, reforzar y asegurar la producción académico-científica en universidades, de tal manera que la publicación de textos es la medida del éxito en la carrera profesional, por decirlo así.

Por supuesto, ya que todas las disciplinas suponen el desarrollo de un discurso escrito, tiene sentido en la vida académica esa suerte de presión para que los profesores publiquen los resultados de sus

¹ Al respecto, el texto (tomado de *The Scientist*, 1996, 10 (12), p.11): “What is the Primordial Reference for Phrase ‘Publish or Perish?’”. Disponible en: [http://www.garfield.library.upenn.edu/commentaries/tsv10\(12\)p11y19960610.pdf](http://www.garfield.library.upenn.edu/commentaries/tsv10(12)p11y19960610.pdf). Acceso: agosto 31 de 2007.

² Marshall McLuhan (1987): *Letters of Marshall McLuhan*. Marie MOLINARO et al. (ed.), Nueva York: Oxford University Press, pp. 226-228.

trabajos, sus investigaciones, sus ideas y creaciones; pero las consecuencias de abocarse a la tarea de publicar lo que se hace sin que medie un proceso reflexivo, deliberativo, de encuentro con la escritura, y sin que de paso se evalúe y reevalúe la calidad de la formación que la misma institución que presiona a publicar ofrece, son claramente desastrosas.

Parece obviarse, pues, el carácter reflexivo de la escritura, su papel relevante en nuestro proceso de formación como sujetos; sobre todo si tenemos en cuenta que exhortaciones como esas pueden soslayar la disposición para pensar y dar paso a un mayor descuido del ejercicio académico de la lectoescritura en relación estrecha con el conocimiento, de la lectoescritura como herramienta clave e inmediata en la formación. Sin que se atienda seria, sistemática y programáticamente a la lectoescritura en el medio académico, ¿a qué promover el escribir para publicar?

Si acaso se objeta que se presenta una baja producción editorial de textos académicos por parte de profesores, la causa habría que buscarla más bien en el contexto de una baja producción intelectual de éstos, y dado su desempeño como transmisores de ideas, reproductores de construcciones ideológicas o parafraseadores de textos. Entonces, ¿publicar a partir de qué? Si no es a partir del cúmulo de experiencias y conocimientos adquiridos, y dentro de un proceso de ajuste y reajuste del pensamiento, la publicación de textos resulta cuestión de vanidad, búsqueda de reconocimiento; o asunto académico-burocrático, consistente en publicar, como hacen muchos, para acreditar supuestos méritos académicos que, de paso —o primordialmente—, les permitan ascenso en el escalafón docente. Porque, por lo demás, en el actual mercado editorial, grosso modo, parece estar en retirada la premisa de publicar sólo lo que verdaderamente vale la pena.

Sí, hoy el libro, ese singular objeto cultural, parece ser un artículo más de la producción en serie, con sus códigos de barras y demás; los libros se producen industrialmente —por eso la “industria editorial”—, masiva e indiscriminadamente; y es obvio que no hay que tratar de buscar en ellos, no obstante su singularidad, ese halo o aura que, de acuerdo con Benjamin, en la “época de la reproducibilidad técnica”, la obra de arte perdió. Aura que los coleccionistas han querido encontrar, y que acaso ha contribuido a situar el libro, principalmente el de estirpe literaria, como objeto fetiche de la cultura.

Aunque ese carácter de fetiche del libro también lo podemos corroborar ampliamente hoy, entre las distintas masas sociales de consumidores, cuando visitamos casas o apartamentos con enormes y bien dispuestas bibliotecas desempolvadas; y con libros relucientes que están ahí como decoración, esto es, más que como objetos de consumo, como testigos o fetiches del placer de consumir. De hecho, ya los planes arquitectónicos de esos “inmuebles” ofrecidos a la venta incluyen “biblioteca”. Hoy, precisamente...

Entonces, en nuestra “global” sociedad capitalista, ese singular objeto cultural discretamente alojado en los estantes se constituye también en elemento de un continuo en la reificación de la cultura que, en medio de una producción hipertrofiada, el sistema propicia, al hacer del consumo un placer, e imponer el placer como algo que se consume. Nada raro que la presión-exhortación a publicar y a escribir para publicar en el ámbito académico no sólo atienda al ya añejo llamado mecanicista de la producción en serie, sino también al arrobo enajenante del “placer” de consumir; y que, en consecuencia, la escritura sea arrollada por el mercado (del libro), la empresa editorial, en su empeño mercantil. De modo que es muy posible que la ávida producción y reproducción industrial del libro favorezca el trabajo improvisado de escritura; de ahí el descrédito y el descuido de ésta en los tiempos que corren, y que arrastran a publicar antes de que arrumes de información no “digerida” nos sepulten.

Si se antepone publicar como premisa, la escritura, y de paso la calidad de lo que se publica, corre riesgos. Si el fin inmediato es la publicación —a menos que se trate de la publicación, dentro de una comunidad académica, de resultados socialmente impactantes de una investigación—, la escritura pierde su piso —por no decir, trilladamente, su razón fundamental de ser—. Dejando a un lado los textos literarios —sobre los que también abundan sobradas recomendaciones a noveles (y no noveles) literatos de que no hay que escribir bajo la idea de publicar—, los ensayos y textos expositivos de que se surte la vida académica no se pueden improvisar, porque, entre otras cosas, el medio sucumbiría ante el plagio, la tergiversación y distintos tipos de desinformación.

Sabemos, en nuestro trabajo serio con el conocimiento, que es viable escribir paralelamente o después de mucho someterse a la lectura cuidadosa de textos, pues leer y escribir son procesos formativos complementarios. Y lo que hay en medio es clave en nuestra estructuración como sujetos del conocimiento: nos formamos leyendo y escribiendo; sin improvisar, reflexivamente. La escritura es, pues, en su potencial epistémico, una parte relevante de ese proceso. Cuando uno escribe se demora en el sentido y reflexiona, indaga en la conciencia, pone en marcha procesos cognitivos de abstracción, establece el diálogo consigo mismo del que habló Platón. La escritura es un *proceso* de reconversión de sí en relación con lo que se piensa, que al mismo tiempo nos lleva a indagar por lo que se ha dicho sobre un asunto que nos inquieta —en este sentido, también es diálogo con los demás—; se escribe para aprender —e incluso, algunos dicen, "para ser"—, y como Sócrates, aunque él mismo no escribió, para desarrollar el pensamiento, para saber lo que se sabe, para expresar lo que uno comprende: es escribiendo una idea que se tiene como uno logra darle forma a esa idea, aclararla y aclarar su pensamiento, encontrar otras variantes... También ocurre que la escritura, en un sentido algo patético, nos despedace, o que nos haga cambiar de yo, de posiciones de sujeto y de mirada ante el mundo o de relación con los objetos de conocimiento...

O también podemos decir, a partir del texto emblemático de Walter Ong, conjugando los sentidos filogenético y ontogénico, que la escritura "extiende la potencialidad del lenguaje casi ilimitadamente" y "da una nueva estructura al pensamiento".³ O sea que, como descendientes de una cultura letrada, experimentamos el desarrollo de la escritura como herramienta del pensamiento, al tiempo que contamos con todo un arsenal de recursos lingüísticos que nos posibilitan la abstracción y nos permiten realizar esas distintas funciones del lenguaje de las que habló Jakobson.

En ese sentido, ante ese riesgo que corre la escritura con el asunto que venimos tratando, tal vez no sea completamente descabellado pensar que, precisamente hoy, en la era de la información y la comunicación, se esté obviando ese carácter de instrumento del pensamiento, y ello nos represente una especie de mutación genética que la cultura debe sobrellevar. ¿Puede ser ello cierto?

Así, desdibujada la escritura, es probable que, en consecuencia, los textos que se produzcan no pasen de vagos informes o muestras de confusión. Y que además —en tanto la publicación de lo que se escribe no es su fin inmediato, sino, más bien, en el mejor de los casos, su fin último—, el resultado de promover imperativos como "publica o perece", o exhortaciones sucedáneas como "escribir para publicar", sin que primero se reconozca un sustento claro en el ejercicio reflexivo y constante de la lectoescritura en las academias, sean los miles de árboles talados que alimentan la industria del reciclaje de papel.

³ Walter ONG (1994): *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica.

Puede que ese sustento claro, institucional, sea un hecho en el medio académico norteamericano, donde muchas universidades cuentan con centros de escritura y programas que coordinan el ejercicio de escritura académica en distintos niveles, e incluso dentro de las disciplinas.⁴ Pero sin duda en el nuestro, que importó la fórmula del “publica o perece”, no lo hay: no hay siquiera asomo de esos centros, y tanto la escritura como la lectura son descuidadas —no se toman realmente en serio— por la misma universidad.

Por lo demás, acaso se puede contraponer a ese afán descuidado de publicar la expresión, entre irónica y sarcástica, ampliamente practicada en nuestra lengua: “el papel puede con todo”, con la que, a manera de contraargumento, se rebaten a posteriori las ideas, opiniones o argumentos presentados en un texto. En general, “el papel puede con todo” parece ser la fórmula corriente de la que nos servimos para entrar a cuestionar arandelas burocráticas o medidas demagógicas, administrativas y legales, que, por ejemplo, contrastan ampliamente con la realidad, o con hechos y situaciones conocidas; y también la expresión de queja o impotencia ante las imposiciones del sistema (económico, social, político, educativo...). Pero, en nuestro caso, equivale a decir, prosaicamente, que lo que se publica puede ser ora mentiras, ora “basura”, ora galimatías u ora verdades. ¡Qué sabemos!

Correo electrónico: thcg1@yahoo.es

⁴ Al respecto se puede consultar el trabajo de rastreo de Paula Carlino “Enseñar a escribir en la universidad: cómo lo hacen en Estados Unidos y por qué”, en: Organización de Estados Iberoamericanos para la Educación, la Ciencia y la Cultura (OEI), *Revista Iberoamericana de Educación*, Madrid, agosto de 2006. Disponible en: <http://www.rieoei.org/deloslectores/279carlino.pdf> Acceso: agosto 31 de 2007.